



**COLECCIÓN  
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS**



# WALDEN

## HENRY DAVID THOREAU

Traducción de Marcos Nava García

**e**  
errata naturae

## Índice

Economía	9
Dónde vivía y para qué vivía	85
Leer	105
Sonidos	119
Soledad	137
Visitantes	149
El campo de judías	165
La ciudad	177
Las lagunas	185
La granja de Baker	211
Leyes superiores	221
Vecinos animales	235
Calentar la casa	249
Primeros habitantes y visitas invernales	265
Animales de invierno	281
La laguna en invierno	293
Primavera	309
Conclusión	329

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2013

TÍTULO ORIGINAL: *Walden*

© de la traducción, Marcos Nava García, 2013

© Errata naturae editores, 2013

C/ Río Uruguay, 7, bajo C

28018 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-45-9

DEPÓSITO LEGAL: M-11044-2013

CÓDIGO BIC: HP;JPW

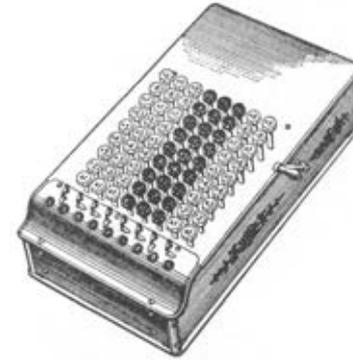
DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

## ECONOMÍA<sup>1</sup>



Cuando escribí las páginas que siguen, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo en los bosques, a una milla de distancia de cualquier vecino, en una casa que yo mismo había construido, a orillas de la laguna de Walden, en Concord, Massachusetts, y me ganaba la vida únicamente con el trabajo de mis manos. Allí viví dos años y dos meses. Ahora soy de nuevo un residente temporal<sup>2</sup> en la vida civilizada.

No impondría mis propios asuntos a la atención de los lectores si no hubiera recibido muchas preguntas y muy concretas por parte de mis conciudadanos en relación a mi modo de vivir.

<sup>1</sup> Del griego *oikonimia*, refiere a la administración de la casa y las labores domésticas. Más allá del uso común, Thoreau se remonta a la raíz del término al utilizarlo como título de este capítulo. Para Thoreau, la economía aplicada a la vida era un sinónimo de filosofía. (Ésta y todas las demás notas de esta edición son del traductor).

<sup>2</sup> Thoreau siempre pensó su vida como una serie de *sojourns*, estancias temporales o experimentos.

A algunos estas preguntas podrían parecerles impertinentes, pero no lo son para mí, sino que, teniendo en cuenta las circunstancias, me resultan naturales y oportunas. Hay quien me ha preguntado qué solía comer, si me sentía solo, si no tenía miedo, y cosas parecidas. Otros han sentido curiosidad por saber qué parte de mis ingresos dedicaba a obras caritativas, y algunos, que tienen familias numerosas, inquirían a cuántos niños pobres mantenía. Por tanto, empezaré disculpándome con aquellos lectores que no estén particularmente interesados en mí, ya que en este libro me propongo contestar a algunas de estas preguntas. En la mayoría de los libros, el yo o la primera persona se omite; en éste se conservará; ésa es la principal diferencia en cuanto al egotismo. En general olvidamos que, al fin y al cabo, es siempre la primera persona la que habla. No hablaría tanto sobre mí mismo si hubiera otra persona a quien conociera tan bien. Por desgracia, estoy limitado a este asunto debido a la escasez de mi experiencia. Si bien, de todos modos, tarde o temprano requiero a todo escritor un sencillo y sincero relato de su vida, y no únicamente lo que ha averiguado de la vida de los demás: un relato como el que enviaría a sus parientes desde una tierra lejana, porque, desde mi punto de vista, si un hombre ha vivido sinceramente tiene que haberlo hecho en una tierra lejana para mí. En cualquier caso, quizá estas páginas estén escritas sobre todo para estudiantes pobres. En cuanto al resto de lectores, se quedará con aquellas partes que le incumban. Espero que ninguno fuerce las costuras del abrigo al ponérselo, pues sólo le será útil a quien realmente le siente bien.

Por lo demás, mi intención no es hablar de los chinos ni de los habitantes de las Islas Sandwich<sup>3</sup>, sino de vosotros, que leéis estas páginas y vivís en Nueva Inglaterra. Y querría decir algo sobre vuestra situación, sobre vuestras circunstancias en este mundo, en esta ciudad, sobre si es necesario que sean tan malas como son, si no podrían tan siquiera ser mejoradas. He viajado bastante en Concord, y por todas partes, en comercios, oficinas y campos, me ha parecido que sus habitantes estaban haciendo penitencia<sup>4</sup> de mil

<sup>3</sup> Es el nombre que en 1770 el capitán James Cook dio a las Islas Hawái.

<sup>4</sup> Thoreau nunca creyó en el sacramento cristiano de la penitencia: «El arrepentimiento no es un camino abierto hacia Dios», escribió en su diario en 1850.

maneras extraordinarias. Ni siquiera las mortificaciones que he escuchado que realizan los brahmanes —cuando se sientan expuestos a cuatro fuegos distintos mientras miran al sol de frente, o permanecen suspendidos cabeza abajo y sobre las llamas, o miran al cielo por encima de su propio hombro «hasta que les resulta imposible recuperar su posición natural y a causa de la torcedura del cuello solamente pueden ingerir líquidos»<sup>5</sup>, o viven encadenados durante toda su vida a los pies de un árbol, o mesuran con sus cuerpos, como hacen las orugas, el ancho de vastos imperios, o se alzan sobre un único pie en lo alto de una columna—, ni siquiera estas formas de penitencia consciente son tan increíbles y asombrosas como las escenas que contemplo a diario. Los doce trabajos de Hércules resultan insignificantes comparados con los que se empeñan en realizar mis vecinos, sobre todo porque aquéllos eran solamente doce y tenían un final, pero yo nunca he visto que estos hombres hayan matado o capturado a un monstruo o hayan dado por terminada una labor. No tienen un amigo como Yoloa<sup>6</sup>, capaz de cauterizar la raíz de la cabeza de la hidra con un hierro candente, sino que tan pronto como una cabeza es aplastada, surgen otras dos.

Veo a hombres jóvenes, que son mis conciudadanos, cuya principal desgracia es haber heredado granjas, casas, establos, ganado y demás aperos, porque es más sencillo proveerse de todo esto que despojarse de ello. Mejor les habría ido de haber nacido en medio del campo y haber sido amamantados por una loba, tal vez hubieran podido distinguir con claridad la tierra que estaban llamados a trabajar. ¿Quién los convirtió en siervos de la tierra? ¿Por qué tendrían que comerse sus sesenta acres cuando el hombre está condenado a comer sólo su porción de polvo? ¿Por qué tendrían que comenzar a cavar sus fosas en el instante mismo de su nacimiento? Tienen que vivir sus propias vidas enfrentándose a cada dificultad y procurando mantenerse en pie de la mejor manera posible. ¿Cuántas pobres almas inmortales he encontrado casi completamente aplastadas y sofocadas bajo el peso de sus cargas, arrastrándose por el camino de la vida, empujando un granero de

<sup>5</sup> Cita de James Mill, *The History of British India* (1817).

<sup>6</sup> Cochero y compañero de Hércules.

<sup>7</sup> Referencia a un proverbio americano de comienzos del s. XVIII: «Todos debemos comer un poco de polvo antes de morir».

setenta y cinco pies de largo por cuarenta de ancho, incapaces de limpiar unos establos tan sucios como los del rey Augias<sup>8</sup>, mientras esperan cien acres de tierra, labranza, siega y pastoreo, y un pedazo de bosque! Mientras tanto, a los desposeídos, que no tienen que enfrentarse a semejantes inconvenientes heredados, les parece suficiente trabajo someter y cultivar unos pocos pies cúbicos de carne.

Los hombres trabajan desde una perspectiva errónea. La mejor parte del hombre<sup>9</sup> es arada muy pronto y convertida en abono para la tierra. Guiados por un destino aparente<sup>10</sup>, comúnmente llamado necesidad, según cuenta un viejo libro<sup>11</sup>, acumulan tesoros que corromperán la polilla y la herrumbre y acabarán robando los ladrones<sup>12</sup>. Es una vida de tonto, como comprenderá cada uno cuando llegue al final de la misma, si no lo hace antes. Se dice que Deucalión y Pirra crearon a los hombres tirando piedras hacia atrás sobre sus cabezas:

*Inde genus durum sumus, experiensque laborum,  
Et documenta damus qua simus origine nati*<sup>13</sup>.

O, como traduce Raleigh de esta forma tan sonora:

Desde entonces somos una especie recia, curtida en el dolor,  
Y damos prueba de nuestro origen rocoso<sup>14</sup>.

Y todo por obedecer ciegamente a un oráculo desatinado, que lanza piedras a sus espaldas sin ver ni siquiera dónde caen.

<sup>8</sup> Ése fue precisamente el quinto de los trabajos de Hércules.

<sup>9</sup> Alusión a *La ciudad de Dios* (412 – 426) de San Agustín, libro que Thoreau conocía bien: «El alma no es el hombre al completo, tan sólo su mejor parte».

<sup>10</sup> Los trascendentalistas, y entre ellos Thoreau, creían firmemente que cada persona crea su propio destino.

<sup>11</sup> La Biblia, a la que Thoreau no otorgaba un estatuto distinto al de cualquier otra escritura antigua de las diversas civilizaciones.

<sup>12</sup> Alusión a Mateo 6, 19: «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan».

<sup>13</sup> Cita de las *Metamorfosis* de Ovidio, 1, 414-15.

<sup>14</sup> Cita de *History of the World* de Sir Walter Raleigh (1552 – 1618), marino, pirata, corsario, escritor y político inglés que popularizó el tabaco en Europa, por el que se interesó Thoreau y sobre quien llegó a escribir una conferencia.

La mayoría de los hombres, incluso en este país relativamente libre, por mera ignorancia y error, está tan preocupada con los cuidados facticios y las tareas rudas pero superfluas de la vida que no puede recoger sus mejores frutos. Sus dedos, de tanto trabajar, son en exceso zafios y tiemblan demasiado para ello. En realidad, el hombre trabajador y esforzado carece de tiempo libre para desarrollar una vida cotidiana íntegra y propia, ni siquiera puede mantener las relaciones más viriles con otros hombres, pues su trabajo se depreciaría en el mercado. No tiene tiempo de ser otra cosa que una máquina. ¿Cómo podría acordarse de su ignorancia —lo cual requiere de un crecimiento— quien tiene que usar sus conocimientos tan a menudo? Deberíamos alimentarlo y vestirlo gratuitamente de vez en cuando, y reconfortarlo con nuestros licores, antes de juzgarlo. Las mejores cualidades de nuestra naturaleza, al igual que la piel aterciopelada de las frutas, sólo pueden conservarse mediante una manipulación delicada. Y, sin embargo, ni a los demás, ni a nosotros mismos, nos tratamos con esa dulzura.

Algunos de vosotros, todos lo sabemos, sois pobres; la vida os resulta ardua, y a veces sentís una asfixia que prácticamente os impide respirar. No dudo de que más de uno entre los que estáis leyendo este libro no podéis pagaros todas las comidas del día, o las chaquetas y zapatos que lleváis y que ya están gastados o a punto de gastarse. Y habéis llegado hasta esta página pasando un tiempo prestado o hurtado, tras robarles una hora a vuestros acreedores. Me parece evidente que muchos de vosotros vivís unas vidas pobres y serviles, a este respecto la experiencia me ha aguzado bien la mirada; andáis siempre al límite, tratando de entrar en negocios y salir de deudas, un lodazal antiquísimo que los latinos llamaban *æs alienum*, el bronce de algún otro, porque algunas de sus monedas estaban hechas de bronce; siempre viviendo, muriendo, sepultados por el bronce de este otro; siempre prometiendo pagar, prometiendo pagar mañana, y muriendo hoy, insolventes; tratando de buscar favores, de hacer clientes de todas las maneras posibles, siempre y cuando éstas no os lleven a la cárcel; mintiendo, adulando, votando, encerrándoos en la cáscara de nuez de la civilidad o dilatándoos en una atmósfera de etérea y vaporosa generosidad, todo con tal de persuadir a vuestro vecino de que os permita hacerle sus zapatos o su sombrero o su traje o su coche o traerle a casa sus comestibles; enfermando para poder ahorrar algo para

el día en que llegue la enfermedad, algo que guardaréis en la vieja cómoda o en una media o detrás de un tabique de yeso o, para más seguridad, en un banco de ladrillos<sup>15</sup>; no importa dónde, ni si es mucho o poco.

A veces me maravilla lo frívolos que podemos llegar a ser, en lo que se refiere a la indecorosa y algo extranjera forma de servicio llamada esclavitud de los negros<sup>16</sup>; hay tantos amos astutos y sutiles que esclavizan tanto el Norte como el Sur. Es difícil tener un capataz del Sur, es peor tener a un norteco como tal, pero es mucho peor aún cuando te conviertes en el capataz de tu propia esclavitud. ¡Y aun así se habla de lo divino en el hombre! Mirad al cochero en la carretera, encaminándose al mercado, de día o de noche; ¿es acaso algo divino aquello que lo mueve? ¡Su mayor deber es dar forraje a sus caballos! ¿Qué interés tiene su destino para él mismo, comparándolo con los réditos de los embarques? ¿Acaso no conduce para el señor Fanfarrón? ¿Qué tiene él de divino y de inmortal? Mirad cómo se agacha y escabulle, sin librarse nunca de sus pequeños temores, ni inmortal ni divino, sino esclavo y prisionero de la opinión que posee de sí mismo, una fama adquirida mediante sus propias acciones. En realidad, la opinión pública es un débil tirano si la comparamos con nuestra propia opinión. El destino de cada hombre está determinado por lo que éste piensa de sí mismo. Conseguir la emancipación de uno mismo incluso en las Indias Occidentales de la fantasía y la imaginación, ¿existe algún Wilberforce<sup>17</sup> que pueda traérnosla? ¡Pensad también en las mujeres de esta tierra, que tejen tapetitos de tocador hasta el último día de sus vidas, todo con tal de no revelar un interés excesivo en sus propios destinos! Como si se pudiera matar el tiempo sin dañar la eternidad.

La mayoría de los hombres vive vidas de tranquila desesperación. Lo que llamamos resignación no es más que una confirmación de la desesperanza. De la desesperada ciudad vais hasta el de-

<sup>15</sup> Alusión irónica al pánico financiero de 1837, durante el cual se hundieron muchos bancos.

<sup>16</sup> Extranjera en el sentido de que la esclavitud era una institución sureña, pero seguramente también extranjera o contraria a la naturaleza humana.

<sup>17</sup> William Wilberforce (1759 – 1833), famoso abolicionista que logró que en las Antillas inglesas se suprimiera la esclavitud en 1834. En Estados Unidos la esclavitud fue abolida gracias al presidente Lincoln en 1863, apenas unos meses después de la muerte de Thoreau.

sesperado campo, y tenéis que consolaros con la dignidad de los visones y las ratas almizcleras. Incluso tras los llamados juegos y diversiones de la humanidad se encuentra una desesperación tan estereotípica como inconsciente. No suponen un verdadero esparcimiento, pues éste tan sólo llega después del trabajo. Una característica de la sabiduría es no hacer cosas desesperadas.

Cuando consideramos cuál, por utilizar las palabras del catecismo, es la finalidad principal del hombre, y cuáles son sus auténticas necesidades y medios de vida, parecería que los hombres han elegido deliberadamente<sup>18</sup> esta forma de vivir porque la prefieren a cualquier otra. Sin embargo, ellos piensan sinceramente que no existe elección. Sólo las naturalezas activas y saludables recuerdan que el sol se alza con claridad. Nunca es demasiado tarde para renunciar a nuestros prejuicios. No se puede creer sin pruebas en ningún modelo de pensamiento o de acción, por antiguo que éste sea. Lo que hoy todo el mundo repite o acepta como verdadero puede convertirse mañana en mentira, en una opinión hecha de humo que algunos pensaron que era una nube y que traería agua fertilizadora para los campos. Tratad de hacer lo que los ancianos consideran imposible, y veréis que es posible. Lo viejo para los ancianos, lo nuevo para los jóvenes. Quizás los ancianos no sabían lo suficiente como para obtener combustible y mantener el fuego; los jóvenes colocan un poco de leña seca bajo una caldera<sup>19</sup> y ahí están, girando alrededor del globo tan rápido como las aves, siendo tal vez capaces, según se dice, de acabar con los ancianos. La vejez no está más preparada que la juventud para enseñarnos nada, al fin y al cabo ha perdido más de lo que ha ganado. Se podría dudar incluso de que el más sabio de los hombres, por el mero hecho de vivir, haya aprendido algo con valor absoluto. En la práctica, los ancianos no pueden dar consejos demasiado importantes a los jóvenes, porque sus propias experiencias han sido parciales y sus vidas han resultado miserables fracasos —siempre por razones coyunturales, según creen ellos—; es posible que les haya quedado algo de fe con la que disfrazar esa experiencia,

<sup>18</sup> Actuar deliberadamente era crucial para Thoreau y su modo de entender la vida.

<sup>19</sup> Thoreau se refiere aquí a la locomotora y el ferrocarril, que tienen su origen pocas décadas antes.

y que finalmente sólo sean menos jóvenes de lo que eran antes. Hace unos treinta años que vivo en este planeta y todavía estoy esperando la primera palabra de un consejo valioso o serio de mis mayores. No me han dicho nada, ni creo que puedan decírmelo. Aquí está la vida, un experimento que aún debo realizar, y de nada me sirve lo que otros hayan hecho. Si poseo alguna experiencia que considero de valor, estoy seguro de que mis mentores no dijeron una palabra acerca de ella.

Me dice un granjero: «No puedes vivir sólo de comer vegetales, se te debilitarán los huesos». De modo que, religiosamente, él emplea parte del día en proveer a su cuerpo con el rudo material de los huesos, caminando mientras habla detrás de su buey, cuyos huesos, hechos de pasto, le arrastran a él y a su pesado arado sin importar los obstáculos. Hay cosas que resultan requisitos indispensables de la vida para unos, los más desventurados y enfermos, mientras para otros son meros lujos, y resultan completamente desconocidas para un tercero.

Algunos creen que el territorio de la vida humana ha sido recorrido de punta a punta por sus antecesores, y desde los valles a las cumbres, lo que incluye todas las cosas que a uno le pueden importar. Según Evelyn<sup>20</sup> «el sabio Salomón dictó normas que referían incluso la distancia que debía mediar entre dos árboles, y los pretoros romanos establecieron cuán a menudo podía uno ir al campo de su vecino a recoger las bellotas caídas sin por ello violar la ley, y qué parte de lo recogido pertenecía al propietario». Hipócrates indicó incluso la forma en que debemos cortarnos las uñas: enrasadas con los dedos, ni más largas ni más cortas. Sin duda, el tedio y aburrimiento que parecen haber agotado la variedad y las alegrías de la vida son tan viejos como Adán. Pero las capacidades del hombre no se han medido todavía, y se ha ensayado tan poco, que no tendría sentido juzgarlas a tenor de unos pocos precedentes. Sean cuales sean tus fracasos hasta ahora, «no te aflijas, hijo mío, pues, ¿quién te señalará lo que has dejado sin hacer?»<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> John Evelyn (1620 – 1706), escritor y horticultor inglés.

<sup>21</sup> Cita del texto religioso hindú *Visnú-Purana*. Existen en total dieciocho Puranas, el mismo número de capítulos que tiene *Walden*.

Podríamos poner a prueba nuestras vidas de mil maneras sencillas: considerar, por ejemplo, que el mismo sol que madura mis judías ilumina a un tiempo un sistema de planetas como el nuestro. Si hubiera recordado esto, habría evitado algunos errores. No fue ésta la luz con la que las cultivé. ¡De qué maravillosos triángulos son vértices las estrellas! ¡Qué seres más diferentes y distantes contemplan simultáneamente desde las numerosas mansiones del universo la misma estrella! La naturaleza y la vida humana son tan distintas como nuestras constituciones. ¿Quién dirá cuál es la perspectiva que la vida ofrece a los demás? ¿Podría ocurrirnos un milagro mayor que el de ver a través de los ojos de otro? Deberíamos vivir en todas las épocas del mundo durante una hora, ¡ay, en todos los mundos de todas las épocas! ¡Historia, Poesía, Mitología! Ninguna lectura de las experiencias ajenas sería tan asombrosa ni didáctica como ésta.

La mayor parte de las cosas que mis vecinos consideran buenas yo la creo mala para mí, y si alguna vez me arrepiento de algo que he hecho, es muy posible que sea de mi buen comportamiento. ¿Qué demonio tomó posesión de mí para que me portara tan bien? Tú, anciano, que has vivido setenta años, no sin cierto honor, puedes decir la cosa más sabia que se te ocurra; yo escucho una voz irreprimible que me invita a alejarme de todo eso. Una generación abandona las empresas de la que le precede, como si fueran buques encallados.

Creo que deberíamos confiar un poco más de lo que acostumbramos. Cada uno debería ocuparse de sí mismo tanto como honestamente lo haga de los demás. La naturaleza está tan adaptada a nuestra debilidad como a nuestra fuerza. La ansiedad y el esfuerzo incesante de algunos constituyen una enfermedad incurable. Está en nuestra naturaleza el exagerar la importancia del trabajo que hacemos; y sin embargo, ¡cuánto es lo que dejamos sin hacer! ¿Y qué ocurriría si cayésemos enfermos? ¡Qué vigilantes somos! Decididos como estamos a no vivir por la fe siempre que podemos evitarlo, pasamos el día en perfecta alerta y por la noche decimos nuestras oraciones con desgana, y nos confiamos a lo incierto. Nos vemos obligados a vivir siempre concienzudamente, reverenciando nuestra vida y negando la posibilidad de todo cambio. Decimos que éste es el único camino, pero hay tantos caminos como radios pueden trazarse desde un centro. Cualquier cambio es un milagro digno de ser tenido en cuenta; pero es también un milagro

que ocurre a cada instante. Confucio dijo que «el saber que sabemos lo que sabemos y que no sabemos lo que no sabemos es el mejor conocimiento»<sup>22</sup>. Cuando un hombre determina un hecho de la imaginación como un hecho para su entendimiento<sup>23</sup>, todos los hombres, a la larga, establecerán sus vidas sobre esa base.

Consideremos por un momento de dónde proviene la mayor parte de la inquietud y la ansiedad a las cuales me he referido, y si es necesario que estemos inquietos o, por lo menos, preocupados. Sería provechoso vivir una vida primitiva y de frontera, incluso en medio de una civilización volcada hacia lo exterior, aunque sólo sea para aprender cuáles son las necesidades más importantes en la vida y qué métodos se han adoptado para satisfacerlas; o bien revisar los libros diarios de los comerciantes, para ver qué compraban normalmente los hombres, y qué almacenaban, esto es, cuáles eran los alimentos considerados más necesarios. Porque el progreso de la historia ha tenido una influencia muy pequeña en las leyes fundamentales de la existencia humana, y de la misma manera nuestros esqueletos probablemente no serán muy distintos de los de nuestros antepasados.

Con lo «necesario para la vida», me refiero a todo aquello que, obtenido por el hombre mediante su propio esfuerzo, ha sido desde el principio, o se ha convertido después de largo uso, en algo tan importante para la vida humana que muy pocos, si acaso por salvajismo, pobreza o filosofía, se atreven a renunciar a ello. Para muchas personas lo necesario en la vida se reduce al alimento. Para el búfalo en las llanuras consiste en unas pocas pulgadas de sabro-

<sup>22</sup> *Analectas*, 2,17. Para las citas de Confucio integradas en *Walden*, Thoreau utilizó su propia traducción de la versión francesa de Jean-Pierre Guillaume Pauthier, *Confucius et Mencius: les quatre livres de philosophie moral et politique de la Chine* (1841).

<sup>23</sup> Thoreau parece aplicar aquí el término *understanding* [entendimiento] según la distinción fundamental operada por Samuel Taylor Coleridge (1772 – 1834) en *Raison and Understanding*. Según Coleridge, la mente humana posee dos cualidades fundamentales: el entendimiento, que percibe la naturaleza y las propiedades de las cosas, juzga los fenómenos y las apariencias, y da lugar a generalizaciones; y la razón, que, a través de la intuición directa, es capaz de comprender una serie de verdades que los sentidos no pueden proponer. El primero participa de los hechos; la segunda de la verdad, tal como el propio Thoreau escribe en su diario: «El hecho florecerá un día como verdad. La razón [*raison*] madurará y dará los frutos de aquello que el entendimiento [*understanding*] había cultivado».

so pasto y agua para beber, siempre que no busque el refugio de los bosques o la sombra de la montaña. En la naturaleza ningún ser requiere más que alimento y refugio. Las necesidades vitales del hombre en este clima pueden ser distribuidas con exactitud bajo estos títulos: Alimento, Techo, Ropa y Combustible, porque hasta que no nos hayamos provisto de éstos, no podremos considerar con libertad y posibilidades de éxito los problemas de la vida. El hombre no sólo ha inventado la casa, sino también la ropa y la cocina; y posiblemente desde el descubrimiento casual del fuego, y su consecuente uso —un lujo al principio—, ha surgido la necesidad actual de sentarse cerca de él. Vemos cómo los perros y los gatos adquieren también esta segunda naturaleza. Gracias a la casa y el alimento apropiados, conservamos legítimamente nuestro calor interno, pero ¿no se podría pensar que la cocina se originó por un exceso de cobijo, vestido o combustible, es decir, por un exceso de calor externo frente al interno? El naturalista Darwin dice, refiriéndose a los habitantes de Tierra del Fuego, que mientras su cuadrilla de «hombres bien vestidos estaba sentada cerca del fuego, sin sentir demasiado calor, aquellos salvajes desnudos, algo más lejos, le causaron sorpresa, pues estaban sudando la gota gorda»<sup>24</sup>. También sabemos que los nativos de Nueva Holanda<sup>25</sup> andan desnudos sin sufrir por ello, mientras los europeos tiemblan de frío bajo sus ropas. ¿No sería posible combinar la robustez de estos salvajes con la condición intelectual del hombre civilizado? Según Liebig<sup>26</sup>, el cuerpo humano es una estufa, y el alimento es el combustible que mantiene la combustión interna en los pulmones. Cuando hace calor, comemos menos; cuando hace frío, más. El calor animal es el resultado de una combustión lenta, y la enfermedad y la muerte acaecen cuando esta combustión es demasiado rápida. Si se produce una falta prolongada de combustible o algún problema en el tiro de la chimenea, el fuego se apaga. Naturalmente, no hay que confundir el fuego con el calor vital<sup>27</sup>, aunque la analogía sea

<sup>24</sup> Cita de *Narrative of the Surveying Voyages of his Majesty's Ships Adventure and Beagle* (1839) de Charles Darwin.

<sup>25</sup> Nombre histórico que recibió la isla-continente de Australia.

<sup>26</sup> El barón Justus von Liebig (1803 – 1873) fue un químico alemán que demostró que el calor humano es el resultado de la combustión de los alimentos dentro del cuerpo.

<sup>27</sup> Concepto desarrollado por primera vez por Aristóteles en su tratado *De la juventud y de la vejez, de la vida y de la muerte, y de la respiración*.